

El asesino no las quiere rubias

(Una novela “blanca” de Detectives Privados)

C. M. Federici

10. LA VERDAD DESNUDA

TRAS UN horrible lapso de irresolución aguda (por fortuna para Juan Carlos, sin testigos), en que el peso laxo de Virginia pendía de sus brazos, de algún modo el joven atinó a colocarla sobre el sofá. No había ningún osito de felpa que estorbase, advirtió un absurdo sector de su cerebro: el delgado cuerpo de la muchacha podía acomodarse holgadamente, tendido de espaldas.

Se abalanzó sobre un coqueto barcito, en procura de cualquier clase de estimulante. Con dedos temblorosos por la excitación, destapó una botella de *scotch* y escanció buena cantidad en un vaso.

—¡No! ¿Qué estoy haciendo? ¡Es agua lo que hace falta!

Encontró un botellón a medio llenar. Con leve encogimiento de hombros, Juan Carlos se echó al colete el whisky y, ya más animado, acudió junto a la chica con el botellón. Remojó el pañuelo y lo aplicó a la frente de ella. Pronto fue recompensado, al ver separarse las curvas pestañas.

—Shh... Shh... —susurró con ternura—. No pasa nada, nena.

—¿Juan... Carlos? —apenas le salía un hilito de voz.

—Tranquila, tesoro. ¡Aquí estoy!

—Ese... legajo... Yo...

—Shh... Ya hablaremos luego. Calma, nenita.

Le complacía íntimamente tenerla así, se confesó a sí mismo. ¡Parecía tan frágil e indefensa! No quedaba nada en ella de la profesional eficiente y testaruda... Y, con franqueza, a él le gustaba más de este modo...

VIENDOLA más recobrada, le pasó un brazo por detrás de la espalda para ayudarla a sentarse. Al asentir Virginia a su “¿Te encontrás mejor?”, Juan Carlos volvió al barcito y sirvió un dedo de bebida para ella.

—A ver... ¡Abra esa boquita preciosa! ¡A... sí! ¡Muy bien!

—Gracias —musitó la mujer, con leve conato de sonrisa—. Ya... pasó.

El debió vaciar su reservorio de voluntad para evitar ablandarse. Se le agotaba el tiempo, y estaba decidido a llegar al fondo del asunto antes de que fuese demasiado tarde para todos. Estiró una mano y oprimió con firmeza una de las muñecas femeninas.

—Lamento haberte perturbado así —dijo—, pero vos no hiciste menos conmigo. ¿Por qué me ocultabas que fuiste paciente de ese miserable? ¿Te chantajeó, verdad?... ¡No, no te molestes en negarlo, porque ya lo sabemos todo!

—¿*Todo*, Juan Carlos? —Los enormes ojos celestes estaban húmedos al mirarlo a la cara—. ¿Estás seguro?

EL HOMBRE palideció. Lo había venido intuyendo todo el tiempo: una oscura premonición ascendía desde los más profundos pliegues de su conciencia, buscando advertirle; pero él no había dejado de rechazarla una y otra vez... Ahora, sin embargo, estaba cara a cara con la verdad, se dijo. ¡No había retroceso posible!

—¿Qué es lo que... me estás queriendo decir? —balbució.

—No sólo se adueñó de mi voluntad —dijo Virginia en un murmullo, baja la vista—, sino también *de todo lo demás*.

—¡Maldito hijo de...!

—Fue hace mucho —explicó ella—. Yo estaba sola, era muy insegura... Y él..., parecía que tuviese todas las respuestas para todo —se alzó de hombros débilmente y dejó de hablar.

ERA DURA de tragar aquella píldora. Pero Juan Carlos consiguió dominarse, aunque llevaría las marcas de sus uñas en las palmas durante varias horas.

—El tenía... un dominio especial sobre las chicas... de mi tipo —dijo Virginia—. Y no se conformaba con... lo de costumbre. Después de hacernos suyas, se complacía en someternos a un servilismo atroz. Nos tenía prácticamente como esclavas y nos obligaba a satisfacerlo en todo. Desde servirle el chocolate en la cama, hasta... arreglarnos la cara y el pelo como él prefería. Y nunca se molestó en ocultarnos que había más de una en las mismas condiciones.

—¿Rubias todas, no es eso?

—Parecían obsesionarlo, sí. Rubias y de cabellos muy largos. A las que no éramos así nos obligaba a ponernos pelucas, y se entretenía peinándolas... —Se estremeció, cerrando los ojos—. ¡Fue horrible!

—¿Y cómo...?

—¿Cómo pude salir? Sencillamente se aburrí de mí. —Una comisura le tembló, en esbozo de amarga sonrisa—. Lo estuve persiguiendo durante un tiempo, pero al fin..., no sé cómo, logré superarlo. ¡Y desde ese momento lo odié como a una víbora!

—¿A SI QUE lo de la “controversia profesional” no sería más que...?
Ella sacudió la cabeza.

—¡No! Eso también sucedió. Una vez, mucho después, cuando yo ya me había hecho cierto nombre como profesional, participamos ambos en un programa de televisión. De esos que tienen paneles de invitados, preguntas, llamados de la audiencia... Ya sabés.

—Sí, me hago una idea... ¿Y él te puso en ridículo?

—No fue con sus argumentos... Me bastó nada más que con verlo ahí, consciente yo de todo lo que él sabía de mí, ¡dueño de ese pasado negro que yo habría querido enterrar!... ¡Me anuló por completo! Y lo más cruel fue cómo disfrutó con eso.

La mano de Juan Carlos, acuclillado junto a Virginia, le rozó los cabellos. Con extrema suavidad.

—Pobre chiquilina... ¡Ahora comprendo mejor muchas cosas tuyas!

—¿De verdad lo decís?

Por entonces ambas manos de él sujetaban con ternura el pálido rostro.

—Sé que no serías capaz de matar —le susurró—. Ni siquiera a un renacuajo como Di Reggia... ¡Tenés los ojos demasiado limpios!

FUE EL propio dueño de casa quien acudió a la puerta, ante la sorpresa del ex comisario.
—¡Amigo Dorteros! ¡Qué milagro verlo por aquí!

—¿Tendría unos minutos, doctor?

El hombre reprimió un gesto de contrariedad. Llevaba abrigo oscuro y, desde luego, los anteojos verdes que jamás se quitaba, a fin de disimular la carencia del ojo derecho, perdido en un accidente, según decía él.

—Estaba por salir... —declaró—. ¡Pero pase, por favor! Aunque le voy a suplicar que sea breve, porque tengo un compromiso importante.

La casa era antigua, pero bien restaurada. Sin tratarse de una imponente mansión, era amplia y estaba bellamente amueblada. De seguro que no hacía mucho que el abogado la ocupaba, se dijo Dorteros. Debió mudarse cuando su situación empezó a mejorar, a raíz de su segundo matrimonio.

—¿Está solo, doctor Quintana? —preguntó el ex criminalista, ya hundido en un sillón y con un vaso de whisky en la mano.

El Director de la Sección Archivo, sentado frente al visitante, se acomodó las gafas oscuras entre sonoros carraspeos. Sus ademanes contenían la dosis de distinción que convenía a la rancia categoría de la sala, sobriamente iluminada por artística lámpara de pie.

—Pues sí —respondió—. Mi señora está de viaje, y hoy es el día libre de la chica. —Alzó las manos a los lados—. Así que acá me ve..., ¡como si fuera un soltero! Pero dígame, amigo, ¿qué lo trae por estos lares, eh?

—Me alegro de encontrarlo solo —dijo Dorteros—, porque mi asunto es más bien delicado. ¿Sabía usted —agregó, sin transición— que Lucy García estaba embarazada?

EL EFECTO en el otro fue como descarga eléctrica, advirtió el antiguo pesquisante; pero se trataba de un sujeto endurecido, y no demoró en sobreponerse. Recuperado, parpadeó tras los lentes y adelantó un poco la cabeza hacia su interlocutor: la perfecta imagen del desconcierto.

—¿Lucy..., la pobre chica que...? ¡No comprendo! ¿Por qué me supone enterado de una intimidad como ésa?

—Porque, precisamente, usted y ella fueron íntimos. —Dorteros le apuntó con el dedo—. Y no se moleste en desmentirme: esos ositos de peluche japoneses que acostumbra regalar son bastante raros. ¡Sé de buena fuente que sólo se trajeron seis de ellos al país..., y desde luego que consta la identidad del comprador!

—¿D-de qué habla? —La torre comenzaba a vacilar—. ¿Qué ositos? ¿Se trata de alguna broma, Dorteros? ¡Es de pésimo gusto, y no le voy a permi...!

—Sé lo de Esmeralda Capurro —interrumpió Dorteros, sin perder un ápice de calma—, y también lo de Isis del Solar. ¡Ninguna de las dos es buena mentirosa! Y en cuanto a Lucy García, es obvio: al encontrarla usted por azar, fuera del horario administrativo, y luciendo una personalidad tan distinta a la que acostumbraba en la oficina, no parece más que natural que usted se sintiera poderosamente atraído hacia...

—¡BASTA! Basta, Dorteros. Es verdad que tuve... cierta relación privada con ella. ¡Pero eso fue todo! ¡No sé una palabra de su muerte! ¡En eso no tengo nada que ver!

—Pero estaba enterado de su embarazo, ¿no es cierto?

—Lo... sospechaba, sí. —El doctor Quintana se secó la frente con un fino pañuelo de seda—. Ella... no tenía la experiencia de otras chicas de su edad. Era como una niña... ¡Y por eso mismo me fascinaba! —dijo quedamente.

—¿Lo citó a usted en la oficina..., la noche del crimen? —inquirió Dorteros. Sus ojos pardos no perdían detalle de la expresión del otro.

—¡Sí! ¡Le confieso que me llamó! Pero no...

—Eso no se lo dijo a la policía —observó Dorteros.

—¡Porque no quería verme implicado! Es que yo... yo intuía que ella tenía planeado anunciarme su embarazo. ¡Creo que pensaba que yo me iba a divorciar de mi esposa..., no sé..., alguna fantasía por el estilo!

SIN ABANDONAR su asiento, Dorteros acercó su rostro al de Quintana. Este rebullía como si estuviesen asándolo a fuego lento.

—¿Acudió a esa cita, doctor?

—Sí. —Fue apenas un suspiro, pero Dorteros le entendió—. Para evitar que armase un escándalo, ¿sabe?... ¡Pensé que era mejor poner las cosas en claro definitivamente!

—¿Alguien lo vio entrar en la oficina?

—Tuve miedo de que Puentes..., el sereno, anduviese revisando. Pero por suerte estaba encerrado en su despachito; así que pude entrar por la puerta lateral sin que él se enterase... ¡Dios mío! ¡Jamás en la vida podré olvidarme de esa escena!

—La encontró muerta, ¿verdad?

—¡Sí! ¡Sí! —El hombretón sollozaba, sudoroso y patético—. ¡Dios del Cielo, qué espectáculo horrendo! ¡La sangre..., el cuchillo! ¡Oh, Dios!

DORTEROS se echó hacia atrás, contra el respaldo del sofá. Una de sus manos frotaba la barbilla; tenía arrugado el ceño y había un resplandor determinado en sus pupilas.

—¿Y no vio nada extraño..., no oyó nada?

—¡Ni supe dónde estaba parado, créame! ¡Sólo pensé en huir de ahí!

En el penumbroso ámbito del salón había casi una sonoridad de catedral, o al menos así se le antojaba al ex policía. De pronto le asaltó un soplo gélido, que provenía de su propio interior, y que por un instante fugaz detuvo la afluencia de sangre en los mismos portales de las venas. Pero sacudió mentalmente la cabeza, con un “¡Viejo maniático!” dicho garganta adentro, y continuó llevando adelante el interrogatorio.

—¿Sabe usted, doctor Quintana —pronunció, con deliberado énfasis dramático—, que se perpetró un nuevo asesinato en las últimas horas..., relacionado con este caso?

Q UINTANA levantó la cara bruscamente, a riesgo de perder las antiparras.
—¿Cómo dice? —barbotó—. ¿Otro crimen?

—Uno de sus funcionarios, doctor. ¡Jorge Raskowsky! Subjefe, ¿no es así? Hace menos de media hora que vi el cadáver...

—¡Raskows...! ¡Dios! ¿Qué es todo esto? —Quintana estaba muy pálido.

—Apuñalado —prosiguió Dorteros—. ¡Literalmente clavado a la cama! Terrible... ¡Y parece que hay un testigo ocular!

—¿Vieron..., vieron al criminal, entonces?

—Sobretudo gris oscuro y gafas negras... ¡Una descripción que le ajusta a usted como una camiseta, doctor Quintana!

E STE se paró de un brinco, arrojándose sobre Dorteros.
—¡Eso es absurdo! ¡Monstruoso! ¡Una locura!

—La puerta no estaba violentada —continuó impertérrito el ex comisario—, señal de que Raskowsky conocía al visitante y lo dejó entrar voluntariamente... Por otra parte, esa persona le dijo a una vecina que venía de la oficina de Raskowsky... Aunque la vecina en cuestión asegura no poner atención a nada que no le concierna directamente, y por tanto no corroboró la descripción que tenemos, todo parece concordar, ¿no lo cree, doctor?

Descontrolado, Quintana aferraba las solapas del antiguo jerarca policial, quien se limitaba a sujetarle sin violencia las trémulas muñecas.

—¡No siga! ¡Todo es mentira, todo!

—Escuche, Quintana —Dorteros habló con voz potente—. No dije que yo lo creyera. ¡Caben otras posibilidades en este caso!

S E DESASIÓ con suavidad del abogado, que había quedado paralizado y con los dedos aún prendidos a su ropa. En tono mesurado:

—Sólo vine a aclarar las cosas —manifestó—. ¡No estoy aquí para acusarlo! —Se puso de pie y alcanzó un vaso bastante lleno al profesional—. ¡Tómese eso! Veo que lo está precisando.

El otro echó un largo trago, salpicándose algo el abrigo en su brusquedad. De inmediato estalló en un acceso de tos, que le encendió la cara e hizo correr lágrimas por las rasuradas mejillas. Al cabo, con voz enronquecida, se dirigió a Dorteros:

—¿Se lo va..., se lo va a decir a la policía?

—¿Lo de su cita con Lucy? ¡Por ahora es confidencial, no se preocupe! Pero si es necesario —agregó con dureza—, luego habrá que revelar toda la verdad. ¡En ciertas ocasiones, nada debe quedar sin salir a la luz!

El doctor Quintana se dejó caer en el sofá. Su cara se abatió y quedó oculta tras las manos, en cuyo anular derecho relumbraba el anillo de la fraternidad “Lambda-Psi-Kappa”, de Princeton.

Su voz brotó en un murmullo sombrío:

—Será lo mismo que matarme. ¡Cuando se entere Magdalena!...

A HORA que la verdad había roto el dique, pensó Juan Carlos, dolía... Pero ambos, estaba seguro, compartían idéntica sensación de alivio. No se puede vivir eternamente con tapujos. No, si las vidas de uno y de otro han de llegar a estar de alguna forma entrelazadas.

Con las luces apagadas, muy juntos los dos, tan sólo el tenue resplandor que se filtraba por la ventana delineaba sus siluetas.

—¡Tengo tantas cosas que decirte! —murmuró Juan Carlos—. Todas importantes para nosotros..., ¡pero no es el momento! Lo entendés, ¿verdad que sí?

La cabeza de ella se inclinó dos veces.

—Es preciso aclarar lo qué pasó con Lucy antes que nada —confirmó—. Luego podremos dedicarnos a seguir viviendo. ¡Sin fantasmas, Juan Carlos!

—Hay que pensar —sugirió él—. ¡Hagamos un esfuerzo! ¡Tiene que existir alguna clave en todo este enigma!

—Lo que es yo —aseguró Virginia—, más lo pienso y menos lo entiendo. Ella no era..., no tenía tipo de *víctima*. No sé bien cómo expresarlo... Como que no... correspondía.

—Creo que sé lo que estás queriendo decir. Si Lucy hubiese sido como Esmeralda, digamos, una vampiresa, provocadora, aventurera...

—Suenas muy duro diciéndolo así. Pero, ¿no pensás igual?

—Tú la empujaste a emular a esa Esmeralda, la comehombres... —El puso con suavidad la mano sobre la boca de ella—. ¡No, no pienses que te estoy culpando! Pero, viéndolo objetivamente, ¿no podría ser que tal vez...? Consideralo como psicóloga que sos: ¿no cabe en

lo posible que Lucy, disfrazada de seductora, con sus afeites y su peluca rubia, se haya tomado demasiado a pecho su papel? ¿No se habrá portado realmente como una *femme fatale*?

—¿Te referís a que... de repente haya tomado conciencia de su poder como mujer?

JUAN Carlos entrelazó las manos, permitiendo que un índice bien formado brotara erecto, para enfatizar sus palabras.

—Se creyó en posición de controlar la situación..., por primera vez en su vida —dijo, en tono reflexivo—. Habrá sido toda una novedad para ella... ¡Y un convencimiento de ese tipo puede llegar a embriagar igual que el vino!

—Sí —aprobó Virginia—. Si una chica de la mentalidad de Lucy, subordinada durante años a voluntades ajenas, se viera en determinado momento dotada de ciertas... armas, digámoslo así, que la convirtieran en la mitad dominante de una relación, bueno... ¡Sí, sería concebible que, en la euforia del momento, se aventurase por terrenos peligrosos!

—¿Entonces —preguntó el detective—, podría ser ése el caso de Lucy?

INESPERADAMENTE, la silueta de Virginia sacudió la cabeza.

—No. ¡Había demasiada inhibición en su carácter!

—¿Inhibición?

—Producto de viejos traumas... ¡Alguna vez debió estar expuesta a experiencias límite! Eso se notaba hasta en su forma de moverse.

Juan Carlos no pudo evitar una sonrisa.

—¡Casi estás usando lenguaje de psicoanalista!

—Es que... mi antagonismo no era del todo sincero —murmuró ella—. Más que criterios científicos o profesionales —se le quebró la voz por un instante, pero enseguida prosiguió—, lo motivaban razones de índole personal... Ahora lo lamento, ¿sabés?

La diestra del hombre se movió en la semioscuridad hasta encontrar la de ella.

—Te comprendo —le aseguró—. ¡No siempre es fácil mantenerse objetivo!

—Cuando apenas me había recibido —dijo Virginia—, las teorías de Watson y Skinner eran como una mezcla de la Biblia y el Corán para mí. ¡Me les apegué en cuerpo y alma! Pero nunca dejé de advertir, en lo más recóndito de mí, que las adoptaba más que nada porque me *convenían*... —y sus palabras murieron en un dejo amargo.

—**A** HORA no te trates con tanta dureza.
—¡No! La verdad ha de salir por completo, aunque duela. ¿No es ése el credo de los detectives? ¡Al menos así lo ponen en las novelas de Chandler! Tengo los ojos bien abiertos, Juan Carlos, para verme tal como soy...

—Nena...

—...y la verdad es que detrás de ese pretendido aborrecimiento mío hacia el psicoanálisis se escondía el miedo. ¡Me aterraba cualquier cosa que amenazara con revivir ese... pasado negro que pugnaba por relegar a lo más profundo de mí!

—¡Por favor! Te atenías a las enseñanzas de tu escuela.

Pero ella estaba decidida a la catarsis, y no hubo modo de impedirselo. Exaltada, prosiguió:

—Es cierto, sí, que aunque el neoconductismo de Skinner representa una evolución sobre el conductismo estrictamente determinista de Watson (*), la norma básica no cambió; el énfasis se centra en el medio exterior, en vez de considerar instintos ocultos o impulsos reprimidos; y nos concierne el presente y el futuro, con prescindencia del pasado... ¿Disfrutaste el discurso? ¡Pero en mi caso personal hay algo más, y yo estoy bien consciente de eso!

EXISTIA un medio infalible para detener esa verborragia, y Juan Carlos lo conocía, por haberlo visto en no menos de cien películas. Pero él era fundamentalmente un corazón tímido (aunque se esforzase por disimularlo, sobre todo delante de su padre), de manera que el “clinch” no llegó a materializarse. Sin embargo, una derivación inesperada apartó a Virginia de aquella torrencial exposición de principios. Por asociación de ideas se le ocurrió pensar en el psicoanálisis, y de allí saltó a sus posibilidades.

—¡Mi Dios! —exclamó la muchacha, abruptamente—. ¡El debió haber averiguado algo importante cuando la psicoanalizó!

(*) Burrhus Frederick Skinner y John Broadus Watson, psicólogos norteamericanos cultores del método conductista.

—¿Di Reggia? —Juan Carlos demoró apenas un instante en acoplarse al nuevo rumbo de la conversación. Luego lo recorrió un escalofrío—. Y tal vez..., *¡tal vez lo mataron por eso!*

Sintió los dedos de ella estrujándole la ropa; oía el silbido de su agitada respiración junto a su rostro.

—¿Sabría Di Reggia —susurró Virginia— quién es el asesino?

—Faltaban varios legajos de su archivo —dijo Juan Carlos, con creciente excitación—. Seguramente el de Lucy estaba entre éstos..., *¡y pudo contener la clave de la identidad del asesino!...*

© copyright 1991-2016, Carlos M. Federici

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "El Secreto", aparecido en la revista "Mundo Uruguayo" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos

policíacos, de **fantasía** y de **ciencia ficción** en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

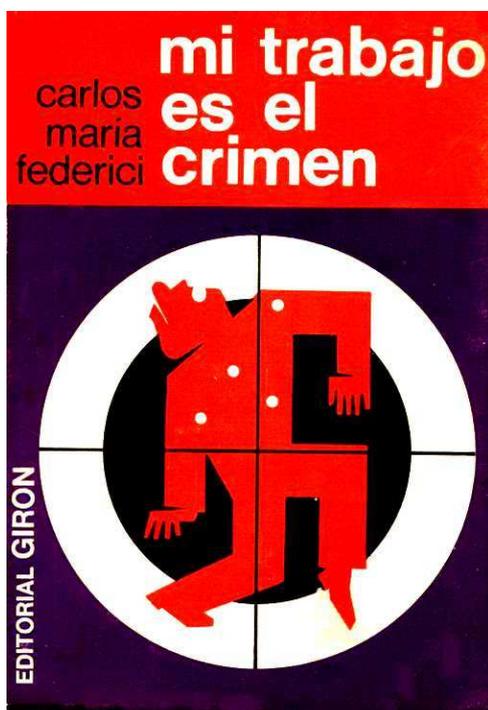
cmfederici@hotmail.com

Otras novelas policiacas de Carlos M. FEDERICI.



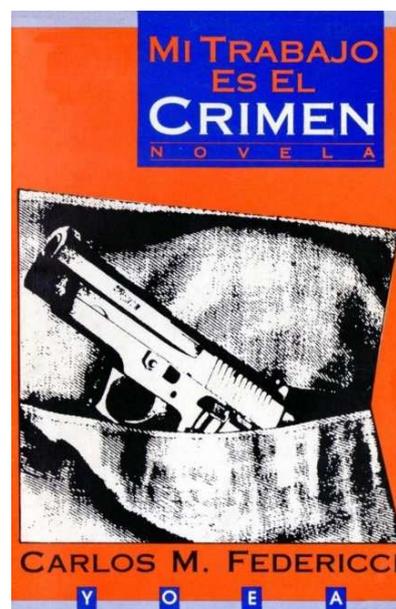
Primera novela de la trilogía, en la cual el comisario Dorteros es figura protagónica. ¡Crímenes misteriosos en balneario de moda! (Editorial "Acme", Buenos Aires).

La orilla roja, 1972

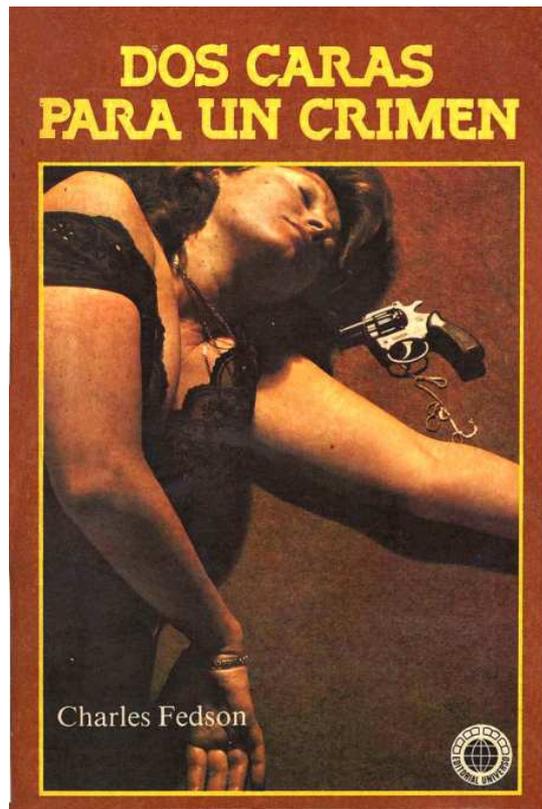


En "Mi trabajo es el crimen" el comisario Dorteros sólo actúa en calidad de "invitado". Este libro relata la historia de un asesino a sueldo, "Lucas" Gazzara, tenazmente perseguido por el comisario Callaza.

Mi trabajo es el crimen, 1974



Segunda edición (1992). Se hace notar que la primera, de 1974, bien puede considerarse como la incursión pionera en el "Género Negro", inédito hasta entonces, que yo sepa en esta margen del Plata. Ítem para coleccionistas: flagrante error en la portada del apellido del autor...

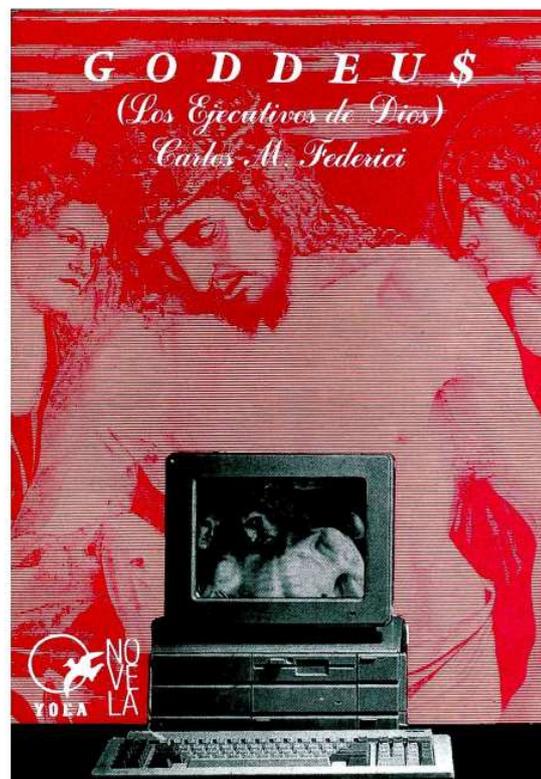


Dos caras para un crimen, 1982

Carlos María Federici, nacido en Montevideo y conocido a nivel mundial por sus cuentos y relatos (policiales y de ciencia ficción). Comenzó su carrera literaria en el año 1961, publicando para la revista "Mundo Uruguayo". En 1968 la revista española "Nueva Dimensión" publica su primer cuento y es corresponsal de la misma desde el año 1973. Trabajó para diversas revistas de Bélgica, Suecia, Argentina y México.

Entre sus libros editados se encuentran:
La ovilla roja (Argentina 1972). Posteriormente adaptada para *El Diario*.
Mi trabajo es el crimen (Montevideo 1974)
Los caras para un crimen (México 1982)
GODDEUS, los Ejecutivos de Dios, excelente novela premiada en el certamen literario municipal bienio 1972-73. Fantasía estilo "best-sellers", ambientada en el Vaticano.
 El protagonista es un latinoamericano que se ve envuelto en una campaña publicitaria en pleno período de cambios, que convulsionarían a la Iglesia en los años 60.

NOVELA
 YOE LA



Goddeu-\$ - Los ejecutivos de Dios, 1989